

Nuevos desafíos de la educación pública

ante el auge de la precariedad y mercantilización de las relaciones y necesidades humanas

María Lara Montero¹

Quienes consideramos la educación como un derecho humano que debe ser garantizado por el Estado, sabemos que en nuestro mundo globalizado y cambiante, estamos librando una batalla contra una cosmovisión que la observa y la analiza como un servicio destinado únicamente a quienes puedan pagarla. De este modo, quedamos fuera del sistema todos aquellos que pertenecemos a la clase trabajadora. Sin olvidar a los hijos y nietos de quienes jamás conocieron un recibo de sueldo, aquellos que por múltiples factores tuvieron que trabajar en la informalidad toda su vida para sobrevivir y cuidar a su familia. Sobre estas visiones

1. Profesora en Letras. Egresada de la FHyCS-UNaM en el año 2021. Estudiante avanzada de la Licenciatura en Letras, estudiante del Profesorado en Historia con Orientación en Ciencias Sociales y de la Licenciatura en Historia. Ha participado en el programa NEOCIENCIA, en el segmento denominado "Ciencia para leer al mundo", recomendando obras literarias. Anteriormente, ha publicado ensayos en Caligrama, revista perteneciente a la carrera de Letras, en otros números de la revista Desafíos y en La Rivada.
Correo electrónico: marialaramontero@gmail.com

de la educación en disputa, Giroux sostiene que enfrentarse y argumentar contra el neoliberalismo implica:

“luchar en contra de la actual reconfiguración del Estado en su papel de distrito policial más amplio, destinado a reprimir el disenso, a regular a la población inmigrante, a encarcelar a los jóvenes tachados de desechables y a salvaguardar los intereses de los inversores globales.” (Giroux, 2018: 52).

Asistimos, como sociedad, a un periodo donde comienza a primar la indiferencia hacia lo que le sucede a los otros. Hoy en día nos encontramos aislados y ese desamparo nos tiene a merced de mensajes que nos exigen ser felices y positivos mientras corremos de un lugar a otro para obtener el dinero suficiente para sobrevivir al “día a día.” Mientras tanto, vamos dejando de comunicarnos en profundidad con nuestros familiares, amigos y, a su vez, no contamos con el tiempo para estar a solas con nosotros mismos, meditar sobre nuestro día y desarrollarnos como individuos, en palabras de Han: “cada uno se queda a solas con sus sufrimientos y sus miedos. El sufrimiento se privatiza y se individualiza, pasando a ser así objeto de una terapia que trata de curar el yo y su psique” (Han, 2017: 71). De este modo, se invisibiliza el problema a nivel social haciendo foco únicamente en el individuo, sus decisiones y su estilo de vida.

Frente a esta situación cabe preguntarnos: ¿quiénes salen beneficiados frente al desprestigio que sufren los estudiantes, los docentes, los científicos y la educación pública? Constantemente observamos discursos que deslegitiman a la educación universitaria caracterizándola como centro de

“adoctrinamiento” en diversos medios, desde los grandes canales de televisión, a cuentas sin rostros en diferentes redes sociales, que proliferan en las esferas virtuales de nuestra vida. Nosotros sabemos que la educación puede tener diferentes objetivos según las políticas públicas que se implementen y el compromiso ético y político de cada uno de los actores de la educación actuando en conjunto frente a estos constantes agravios que buscan aumentar el miedo en la población consolidando un “chivo expiatorio” frente a los problemas económicos, sociales y políticos que atravesamos.

Quienes convivimos y transitamos en profundidad el terreno de la educación porque decidimos formarnos como docentes, tal como sostiene Giroux, sabemos que “el saber puede usarse para ampliar la libertad humana y promover la justicia social, y no simplemente para generar ganancias” (Giroux, 2018: 54 y 55). Los conflictos y luchas no se dirimen únicamente en el campo económico sino también en el plano científico y cultural. Por tal motivo, en un mundo donde prima cada vez con mayor fuerza la lógica economicista de costo/beneficio, la educación pública es un espacio donde quienes no nacimos con privilegios nos transformamos en seres plenamente conscientes de nuestros derechos y de la necesidad de construir un paradigma de la educación al servicio del pueblo y de la igualdad de oportunidades.

Es nuestro deber, decirles a nuestros compatriotas que la universidad jamás “adoctrinó”. Con esto queremos explicitar que nunca se nos impuso un pensamiento único, nunca se obligó a nadie a ser de determinada forma para pertenecer. Al contrario, aquí desarrollamos nuestro

pensamiento crítico, accedemos al conocimiento de diversos paradigmas científicos y a sus condiciones de producción. En las aulas, a lo largo de muchos años, aprendimos a escribir, a leer, a compartir y a discutir nuestras lecturas, ideas e interpretaciones con compañeros/as que vienen de diferentes lugares y que poseen cosmovisiones y experiencias de vida sumamente diversas. Allí radica la riqueza de nuestra institución. La gran diversidad que habita sus espacios alimenta y amplía el panorama de nuestro pensamiento.

Las horas de estudio, que muchos destinamos realizando grandes sacrificios, no son con el propósito de encerrarnos en una torre de cristal o subirnos a un pedestal y quedarnos allí para ser adorados. Al contrario, nuestro propósito es ser profesionales críticos con el deseo de regresarle a nuestro pueblo todo lo que nos ha brindado la educación superior pública y gratuita. No pretendemos situarnos por sobre nuestro pueblo, no somos profetas que tenemos “la verdad” con mayúsculas. Nosotros somos profesionales que escuchamos y buscamos soluciones a los diferentes problemas que nos atraviesan, pero siempre con la comunidad involucrada.

Hoy en día, cuando se recurren a diferentes medios para consolidar el pánico y la desconfianza entre nosotros, es cuando más necesitamos escucharnos los unos a los otros y permitirnos estudiar dichas nociones distorsionadas desde diversas fuentes. Es peligroso quedarse con un solo punto de vista, eso puede provocar que excluyamos a los demás y caigamos en respuestas simplistas frente a los complejos problemas sociales que requieren de equipos

interdisciplinarios, de tiempo y fondos para abordarlos, estudiarlos y buscar soluciones. Sobre este punto, Feierstein sostiene que: “comprender las distintas respuestas ante una situación de exclusión resulta fundamental para poder analizarlas políticamente y evaluar sus consecuencias” (Feierstein, 2020: 106). Observamos que la información que se pretende objetiva y universal se brinda a la comunidad en pequeños fragmentos que se repiten a diario en diferentes formatos (cada vez de menor duración y con imágenes y sonidos más estridentes) exasperando el miedo, y, puede hacernos buscar respuestas simples que brinden una falsa sensación de seguridad que no responde a cuestiones de fondo.

Tenemos que tener presente que ninguno de nosotros tiene una visión “neutral” de los acontecimientos, cada una de las palabras que utilizamos están colmadas de diversos sentidos que se van reactualizando con el tiempo. La forma en la cual se brindan las noticias y se habla de los intelectuales, no es inocente o producto de un error, nosotros constituimos un “problema” y una barrera para los intereses de quienes consideran que la educación, en este caso, tiene que estar al servicio de las necesidades del mercado y no para formar profesionales críticos que trabajen de forma colectiva en la construcción de una sociedad más democrática y pluralista.

Nosotros luchamos y trabajamos para construir una comunidad donde no se deje excluido a nadie por el hecho de que no logre amoldarse a un esquema preestablecido. Sobre todo, porque sabemos que esas acciones empobrecen a nuestra sociedad. Es decir, si apartamos y marginamos a quienes

tienen una cosmovisión diferente a la nuestra, podemos llegar a tener un velo de paz y tranquilidad sobre los ojos, pero eso nos transformaría en seres que toman a su cultura y su historia como el único modelo posible para el desarrollo humano. Al esgrimir estas razones no queremos brindar una imagen idealizada de una sociedad perfecta sin conflictos internos. Al contrario, tenemos que tener presente, que existen puntos sobre determinados problemas en los que no todos estaremos de acuerdo y donde no podremos llegar a un punto medio. Lo más importante, al llegar a esta conclusión, es no naturalizar la eliminación física y simbólica del “otro” como una respuesta legítima a los conflictos que existen al interior de nuestra sociedad.

Nosotros observamos que al interior de la comunidad científica y universitaria existen problemas y diversidad de puntos de vista sobre los paradigmas científicos. Sin embargo, frente a los discursos de odio y desinformación que circulan a una gran velocidad, decidimos unirnos amparados por una ética que sostuvo a la educación pública en nuestro país, frente a diversas coyunturas políticas desfavorables. Ella es nada más y nada menos que la defensa del derecho a estudiar, a formarnos en lo que elegimos ser. Para ello, necesitamos mejores condiciones de trabajo, un salario acorde a la tarea y una mayor visibilidad en los medios de comunicación. Nosotros siempre estamos y trabajamos con la comunidad, pero el uso de ciertos términos que buscan invisibilizar nuestra labor y desprestigiarnos frente a nuestros compatriotas, nos llevan a tener que buscar diversos mecanismos para hacernos más visibles.

Tenemos que proteger entre todos los lugares públicos que nos permitan educarnos e informarnos para debatir con argumentos genuinos, sin caer en la descalificación del otro. Si bien, en la actualidad observamos la forma en la cual se recurre constantemente a la polémica con el fin de debilitar los argumentos de los docentes, estudiantes, médicos y otros trabajadores del sector público. Esto sucede así, porque esa es la lógica interna de la polémica sobre los actores y/o sujetos sociales, “donde el ataque puede ir desde lo implícito hasta la injuria, pasando por todas las formas retóricas de la desvalorización (como por ejemplo, la ironía).” (Amossy, 2016: 28 y 29). Frente a tal escenario, es imperativo estudiar e indagar en diversas fuentes para formar una postura propia, que requiere tiempo, dinero y la posibilidad de reunirnos y escucharnos.

La carrera por la supervivencia y los datos inconexos que se brindan en esos procesos de deslegitimación social de lo público, no facilitan la construcción y consolidación del pensamiento crítico. Es decir que: “los inmensos volúmenes de información que compiten por la atención resultan, para los hombres y mujeres contemporáneos, considerablemente más apabullantes, desalentadores y amenazadores que los pocos «misterios del universo» aún no resueltos (...)” (Bauman, 2011: 117). Estamos saturados de información y no contamos con el tiempo necesario para procesarla. Nuestra memoria se va debilitando, dado que lo que es novedad hoy, será olvidado al día siguiente. Eso no solo ocurre con la información sino también con las diferentes esferas sociales, dado que ellas también se perciben inconexas entre sí. Eso deja aislados a los ciudadanos y

a merced de estereotipos y prejuicios, que se van instalando lentamente, y, que son muy difíciles de desarmar para enseñar los intereses que existen detrás de esas imágenes y frases prefabricadas. Asimismo, la vorágine del día a día, no nos permitió observar con claridad que los consensos acerca de la educación y los derechos humanos que habíamos construido a lo largo de muchos años se fueron debilitando en poco tiempo, corriendo la atención y desviando el horizonte hacia ese corpus mediatizado de la “verdadera realidad”.

Muchos de nosotros, a lo largo de estos meses, sentimos que hemos sido derrotados por los acontecimientos, las dificultades y los temores “privatizados.” Sin embargo, pese a todos los peligros y a la tormenta que se cierne sobre nosotros, contamos con nuestra formación profesional, redes

científico-profesionales de contención, vínculos de amistad y el cuidado de nuestros seres amados. Todos esos factores brindan la fuerza necesaria para seguir en el frente por la batalla cultural, con el propósito de llegar a quienes no perciben el impacto de nuestro trabajo y los sentidos que se esconden detrás del desprestigio hacia lo público, las ciencias en general y las ciencias sociales en particular.

Bibliografía

- Amossy, Ruth (2016) “Por una retórica del dissensus: las funciones de la polémica” en: Ana Soledad Montero (compiladora y traductora). *El análisis del discurso polémico: disputas, querellas y controversias*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo. Pp. 25-38
- Bauman, Zygmunt (2011) “23. ¿Un mundo inhabitable para la educación? (Parte I)” ; “24. ¿Un mundo inhabitable para la educación? (Parte II)” y “¿Un mundo inhabitable para la educación? (Parte III)” en: *44 cartas desde el mundo líquido*. Barcelona: Editorial Paidós. Pp. 106-119
- Feierstein, Daniel (2020) “Capítulo 4. La transformación de los modos de identidad contemporánea y sus efectos en las relaciones sociales” en: *La construcción del enano fascista. Los usos del odio como estrategia política en Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital Intelectual. Pp. 92-124
- Giroux, Henry A. (2018) “1. La educación distópica en una sociedad neoliberal” en: *La guerra del neoliberalismo contra la educación superior*. Barcelona: Herder Editorial. Pp. 36-58
- Han, Byung-Chul (2017) “Escuchar” en: *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder Editorial. Pp. 68-73